



Editorial

Creciendo con IUS ET VERITAS

¿Qué es lo que hace progresar a las instituciones? Dificil pregunta que, como todas las pretensiones de conocimiento, solo puede ser respondida para cada caso en particular y no sin antes una larga (a veces sempiterna) travesía plagada de alegrías, miedos, triunfos, reconciliaciones y afectos.

Una primera respuesta, tentadora e improvisada, podría apuntar a su riqueza. En efecto, desde que la economía creó la noción de la escasez de recursos, es imposible pensar que una empresa pueda sobrevivir a lo largo del tiempo sin un soporte material. Sin embargo, ¿qué es la riqueza cuando esta puede malgastarse, cuando puede devaluarse, cuando el propio mercado experimenta crisis y contracciones? Luego de una veintena de años, he descubierto que se trata de una variable que entraña una multiplicidad de riesgos, apenas controlables y, por lo demás, contingente y fugaz.

Superado este primer intento de respuesta, podríamos atrevernos a sostener que el progreso descansa en los cimientos del noble trabajo. Es el trabajo permanente y sacrificado el que procesa los recursos, el que crea bienestar y el que hace dignos a quienes no temen esforzarse en medio de la calamidad. Y nuevamente las dudas agobian esta estación: ¿de qué sirve el trabajo cuando este no es honrado? ¿cómo puede durar en el tiempo cuando se vuelve mecánico, interesado y rutinario? Cuando el trabajo deja de hacer feliz al hombre, entonces, parece incompleto y deja de cumplir su misión.

Seguimos en el viaje por descifrar el misterio y el camino nos llevaría al templo del conocimiento, aquel bien con el que sueñan los pensadores de nuestra cultura desde hace milenios. Conocer cómo producir mejor los bienes, conocer a las personas y a las relaciones humanas, conocer todo es un arma poderosa que puede significar la creación de una vida o la destrucción de un mundo. ¿Quién no anhela conocer? No obstante, el templo empieza a temblar cuando nos preguntamos qué es conocimiento cuando este no se comparte, cuando pasa el tiempo y se pierde en las batallas o en la dejadez de la evolución. ¿Qué es el conocimiento si se acumula en una fuente apagada?

El camino parece tornarse más complejo de lo que parecía y las posibilidades de arribar a una respuesta contundente parecen remotas. Y en este descanso un viandante aparece para ofrecernos orientación y ayuda. De pronto, este suceso provoca una esperanza: ¿será posible que la respuesta que tanto buscamos haya estado delante de nosotros durante todo este tiempo? De nada sirve la riqueza si no podemos ser y hacer felices con ella. Poco útil es el trabajo cuando no se logra identificar en los ojos cansados del otro una meta en común que nos impulse adelante y el conocimiento es vano cuando no logramos compartirlo con alguien. Salimos buscando una respuesta cuando esta parece encontrarse en nuestro interior, en el rostro de nuestros amigos, en los ideales que compartimos, en las experiencias y lecciones que ganamos, en cada momento que crecemos, en las oportunidades que tenemos para sonreír, en la serenidad, en el desconsuelo y en la felicidad, en todo aquello que llamamos vida, y mística. Es todo ello lo que termina alimentando los vasos de las relaciones afectivas y produciendo una continuidad que resiste a todo paso del tiempo y de las contingencias... lo que nos hace crecer y comprender que IUS es hacer, pero también un ser, uno que se lleva para toda la vida.



Es estremecedor que, luego de tanto tiempo, antes que aportar respuestas, siga complicando preguntas y que, muy a mi pesar, no pueda definir lingüísticamente qué es IUS ET VERITAS y cuál es la mística de formar parte de ella. No he podido dar ese regalo en estos 20 años, pero, al menos, espero haber esbozado la forma en que pensaba envolverlo. Estamos comenzando una tercera década de existencia, y estoy seguro de que, en el discurrir de los cientos de aniversarios que nos esperan, las generaciones futuras llegarán algún día a completar este mensaje.

¡Felices 20 años!

La Dirección Ejecutiva